

en España, aunque sea por poco tiempo, llega insensiblemente á calentarse la sangre y á torturarse el cerebro con la política, como si España fuera su país ó la suerte de su país pendiese de la de España. Las pasiones son tan ardientes; la lucha es tan encarnizada; y tan abiertamente se juegan en ella el porvenir, la salud y la vida de la nacion, que por poco que tenga uno de latino en el corazon y en el pensamiento, no puede ser espectador indiferente de los sucesos. Hay que agitarse; hablar en los corrillos; tomar en sério las elecciones; confundirse entre la multitud que hace demostraciones políticas; romper con algun amigo; constituirse una sociedad de gente que piense como nosotros, y acabar por ser español hasta la médula de los huesos. A medida que vá uno convirtiéndose, olvida la Europa como si se tratase de los antípodas, y concluye por no ver más que España, lo mismo que si la gobernásemos nosotros y todos sus intereses estuvieran en nuestras manos.» Así es, y así me aconteció. Habia caido en aquellos dias el ministerio conservador, é iban los radicales viento en popa: andaba toda España en conmocion; caian gobernadores, generales, empleados de todas clases y de todas las administraciones; una muchedumbre de gente nueva invadia las oficinas con gritos de júbilo; Zorrilla iba á inaugurar una nueva era de prosperidad y de paz; don Amadeo habia tenido una inspiracion del cielo; vencia la libertad; el país estaba en salvo. Yo mismo, oyendo las músicas con que agasajaban al nuevo gobernador delante de su casa, bajo un cielo tranquilo y es-

trellado, en medio del pueblo alegre, tuve un destello de esperanza; creí que el trono de don Amadeo lograria echar raíces en aquella tierra, y me arrepentí de haber estado demasiado dispuesto á pronosticar mal. Aquella comedia que representaba Zorrilla en su casa de campo, cuando á ninguna costa queria aceptar la presidencia del ministerio, y despedia amigos y diputaciones; aquella decision suya, cuando cansado de decir nó, caia en un desmayo diciendo sí, me daba entónces alto concepto de la firmeza de su carácter, y me inducia á presagiar bien del nuevo gobierno. Decia para mis adentros que era lástima partir de España en los momentos en que se aclaraba el horizonte, y en que el palacio de Madrid se teñia de color de rosa. Andaba formando ya el proyecto de volver á España para procurarme la satisfaccion de poder enviar á Italia noticias tranquilizadoras, lo cual me hubiera dispensado de la imprudencia que cometí mandándolas malas hasta entónces. Repetia los versos de Prati:

Oh qual destin t'aspetta
Aquila giovinetta!

Y salvo un poco de hinchazon en los apelativos, parecíame que encerrasen una profecía, é imaginaba ver al poeta en la plaza Colonna de Roma, y correr á su encuentro para darle mi enhorabuena y un apretón de manos...

La cosa más bella que se ve en Valencia es el mercado. Los campesinos valencianos son los que

en España visten más artística y bizarramente. Para hacer buen papel entre las máscaras de nuestros bailes, les bastaría entrar en el salon tal como andan por las calles y por el mercado de Valencia en los dias de fiesta. Dan ganas de reir al ver los primeros, y le cuesta á uno trabajo creer que sean labriegos españoles. Tienen no sé qué aire de griegos, de be-
duinos, de prestidigitadores, de bailarines de cuerda, de mujeres á medio desnudar para irse á la cama, de comparsas de tragedia que no han acabado de vestirse, de gente jocosa que quiere que rian á sus expensas. Llevan una camisa blanca y ámplia que hace oficio de chaqueta; un chaleco de pana abierto sobre el pecho; un par de calzones de tela iguales en la forma á los que usan los zuavos, que no les llegan á las rodillas, y que parecen nagüetas de mujer; faja encarnada ó azul alrededor de la cintura; una especie de polainas de lana blanca, bordada, que dejan ver la rodilla desnuda; alpargatas de cuerda como las de los catalanes; y en la cabeza, que casi todos se rapan lo mismo que los chinos, un pañuelo encarnado, azul, blanco ó amarillo, anudado sobre la nuca ó sobre las sienas: por encima del pañuelo se ponen á veces un sombrero de pana, semejante al que usan en otras provincias de España. Cuando van á la ciudad traen casi todos una manta de lana, larga y estrecha, de rayas de vivisimos colores, comunmente blanco y rojo, y adornada con franjas y bellotillas. Es fácil de imaginar el aspecto que ofrecerá una plaza donde haya varios centenares de hombres vestidos así: es una escena carna-

valesca; una fiesta, un tumulto de colores que alegra como la música; un espectáculo al mismo tiempo charlatanesco, gentil, pomposo y ridículo, cuya extravagante belleza se acrecienta con aquellas actitudes majestuosas que distinguen á los campesinos valencianos.

Si hay un proverbio insolente y falso, es el antiguo proverbio español que dice: *En Valencia la carne es yerba, la yerba es agua, los hombres mujeres, y las mujeres nada*. Dejando aparte lo de la carne y la yerba, que es simplemente juego de palabras, los hombres, con especialidad los del pueblo bajo, son altos y robustos, y tienen un aspecto tan atrevido como el de los catalanes y los aragoneses, con algo de más vivo y luminoso en los ojos. En cuanto á las mujeres, son por consentimiento de todos los españoles y de los extranjeros que visitan á España las más clásicamente hermosas del país. Los valencianos, que saben que la costa oriental de la península fué en su principio ocupada por los griegos y los cartagineses, dicen sobre esto: Es claro! Aquí se quedó el tipo de la belleza griega. Yo no aventuro tanto, porque el definir la belleza de las mujeres de una ciudad en que se ha estado algunas horas, me parece licencia propia de los compiladores de *Guias*. Pero es fácil advertir una diferencia marcadísima que hay entre la hermosura de las andaluzas y la hermosura de las valencianas. La valenciana es más alta, más llena de carnes, menos morena; tiene rasgos más regulares, ojos suaves, y andar y actitudes más matrona-

les. No es, como la andaluza, una pimienta que hace sentir la necesidad de morderse los dedos, para apaciguar la súbita y desordenada insurreccion de deseos caprichosos que se os despiertan á su vista; es una mujer á quien se contempla con un sentimiento de admiracion más tranquila, y mientras se la contempla, como dice La Harpe del Apolo del Belvedere, *notre tête se relève, notre maintien s'ennoblit*. En vez de imaginar una casita andaluza para esconderla á los ojos del mundo, se desea un palacio de mármol donde recibir damas y caballeros que vengan á rendirle homenaje.

Si oís á los demás españoles, el pueblo valenciano es cruel y feroz sobre toda ponderacion. El que quiere deshacerse de un enemigo, encuentra allí el hombre servicial que por poco dinero se encarga de la cosa, con la misma indiferencia con que aceptaria la comision de llevar una carta al correo. Un campesino valenciano ve pasar á un desconocido por una calle solitaria; lleva la escopeta consigo; dice al compañero: —Voy á ver si acierto;—toma la puntería, y dispara. Se cuenta lo siguiente, que segun me aseguraron es un hecho histórico y ocurrió no há muchos años. En las ciudades y aldeas de España acostumbran los muchachos y jovenzuelos del pueblo jugar entre sí al toro, como ellos dicen. El uno hace de toro, y embiste á los demás; otro, con un palo oprimido bajo el sobaco á modo de lanza, y montado sobre un tercero que representa el papel de caballo, rechaza las acometidas del toro. Una vez

pensaron varios jóvenes valencianos introducir en este juego alguna novedad que le diese más semejanza con las verdaderas corridas de toros, y procurase á los espectadores y á los actores alguna mayor emocion que de costumbre: al efecto reemplazaron el palo por un largo cuchillo afilado (una de aquellas formidables navajas que habíamos visto en Sevilla), y pusieron al que hacia de toro otras dos navajas más cortas para figurar los cuernos. Increíble, pero cierto! Jugaron á cuchilladas, corrió en abundancia la sangre, murieron algunos de ellos y quedaron otros mal heridos ó estropeados, sin que el juego se convirtiera por eso en reyerta, sin que se violaran una sola vez las reglas del arte, y sin que á nadie se le ocurriese pedir que cesara el estrago.

Relata refero. Estoy bien lejos de creer todo lo que se dice de los valencianos; pero es indudable que en Valencia la seguridad pública, si no es un mito como dicen poéticamente nuestros periódicos hablando de la Romaña y de Sicilia, tampoco es el primero de los bienes despues del de la vida. Pude persuadirme de ello la primera noche que pasé allí. No sabiendo el camino del puerto, y creyéndolo cercano, pregunté á una tendera por dónde debia dirigirme. Lanzó una exclamación de asombro.

—Quiere V. ir al puerto, caballero?

—Al puerto.

—Ave Maria purísima! Al puerto á estas horas?

Y se volvió hácia un corrillo de mujeres que estaban junto á la puerta, diciéndoles en dialecto valenciano.

—Chicas, responded por mí: este señor me pregunta por dónde se va al Grao.

Las mujeres contestaron á una voz:

—Dios lo libre.

—Pero, de qué?

—No se fie V.

—Por qué razon?

—Por mil razones.

—Diganme Vds. una.

—Lo podrán asesinar á V.

Me bastó aquella, como cualquiera comprenderá, y no pedí ninguna otra.

Por lo demás, y en el poco comercio que tuve con la gente, hallé en Valencia, lo mismo que en todas partes, cortesia como extranjero y amistosa acogida como italiano: áun de parte de aquellos que no querian oir hablar de reyes extranjeros en general y de príncipes de la casa de Saboya en particular, que era el mayor número. Casi siempre comenzaban ellos mismos por decirme que no tocáramos aquella cuerda. Al extranjero que preguntado por su pátria responde:—Soy francés,—le dirigen una sonrisa como diciendo:—Ya nos conocemos.—Al que contesta:—Soy inglés ó aleman,—le hacen un saludo que quiere indicar respeto. Al que se declara italiano, le alargan la mano con ademan vivaz, como si quisieran decirle:—Somos amigos;—y lo miran con aire de curiosidad, á la manera que la primera vez solemos mirar á una persona de quien hemos oido que se parece á nosotros: sonrien agrada-

blemente al oír la lengua italiana, como se sonríe al oír á cualquiera que sin propósito de burla imita nuestra voz y nuestro acento.

En ningun país del mundo puede sentirse un italiano ménos alejado de su patria que en España. Recuérdanla el cielo, la lengua, las fisonomías y las costumbres; la recuerda aquella veneracion con que se pronuncia el nombre de nuestros grandes poetas y de nuestros grandes pintores; aquel vago sentimiento de curiosidad con que se habla de nuestras ciudades más famosas; el entusiasmo con que es oída nuestra música; el ímpetu de las pasiones; la viveza del lenguaje; el ritmo de la poesía; los ojos de las mujeres; el aire; el sol.

Ah! Preciso es que no ame ni áun á su pátria misma el italiano que no se sienta movido á simpatía por aquel país é inclinado á disculpar sus errores; que no lamente con sinceridad sus desdichas; que no le desee mejor fortuna. ¡Hermosas colinas de Valencia, orillas sonrientes del Guadalquivir, jardines encantados de Granada, blancas casitas de Sevilla, torres altivas de Toledo, calles bulliciosas de Madrid, muros venerandos de Zaragoza, y vosotros, huéspedes afectuosos y corteses compañeros de viaje, que me hablasteis de Italia como de una segunda pátria; que dispásteis con vuestra festiva alegría mis imaginaciones melancólicas: siempre llevaré en el fondo del alma un sentimiento de afecto y de gratitud por aquellos favores, y conservaré en la mente vuestras imágenes como uno de los recuerdos másgratos de mi juventud, y pensaré en vosotros

como en uno de los sueños más deliciosos de mi vida!

Así decía entre mí, contemplando á media noche la ciudad de Valencia desde el vapor *Genil*, que estaba á punto de abandonar el puerto. Habíanse embarcado al mismo tiempo que yo algunos jóvenes españoles que iban á Marsella, para dirigirse desde allí á las Antillas, donde permanecerían Dios sabe cuántos años. Uno de ellos lloraba á solas, cuando levantándose de repente, miró á la playa por entre dos barcos anclados, y exclamó con acento de desolacion:

—Dios mio! Esperaba que no viniese.

De allí á pocos momentos se acercó al buque una lancha; una figura blanca seguida de un hombre embozado subió con priesa la escalera, y dando un profundo sollozo se echó en brazos del joven que salía á su encuentro.

En aquel instante se oyó una voz:

—Señores: que vamos á marchar!

Vimos entónces una escena desgarradora: hubo que separar á los dos jóvenes por fuerza, y llevarse la señora casi desmayada á la lancha, que se apartó algo del vapor y permaneció inmóvil.

Nuestro buque comenzó á andar.

El joven se lanzó entónces con el ímpetu de un desesperado hácia la borda, y gritó sollozando con voz que traspasaba el alma:

—Adios! Adios! Adios!

La blanca figurita extendió los brazos y respondió quizás, pero su voz no pudo llegar hasta

nosotros. Alejóse la lancha y desapareció por último.

Uno de los jóvenes me dijo al oído:

—Están casados.

Era una noche hermosa, pero triste. Valencia se perdió pronto de vista. Pensé en que acaso no volvería á visitar nunca á España, y lloré.



FIN.

ÍNDICE.

PÁGS.

	NOTAS.	v
I.	Barcelona. —Despedida.—De Turin á Perpiñan.—Un americano que viaja por amor.—¡En España!—Una posada de la frontera.—¿Qué hace el Rey?—Cómo visten los catalanes.—De Gerona á Barcelona: Granollers, San Andrés de Palomar, Clot.—Barcelona florece.—El Carnaval.—La infantería española.—La Catedral: el cuerpo de Santa Eulalia; el Cristo de Lepanto.—Monumentos y edificios públicos.—El Cementerio.—Los cafés.—Un barbero carlista y una dama neo-católica.—Provincialismo.—Las bellas artes en Cataluña: Juan Boscan.—El castellano de los catalanes.—El Teatro del Liceo.— <i>Adios, Barcelona, archivo de la cortesía!</i>	1
II.	Zaragoza. —El Monserrat.—Lo que sabian aquellos niños.—Último paisaje catalan.—Aragon!—El castillo de Monzon.—En un <i>wagon</i> de segunda clase.—La mano de una monja.—Cuidado con las mujeres...—Zaragoza de noche.—El traje aragonés.—Las calles; recuerdos del sitio de 1809.—Nuestra Señora del Pilar.—Lo que puede con un sacristan haber nacido en el barrio Pio.—La Seo.—Un francés que anda en busca de su mujer.—Los hermanos Argensola.—El placer de Rousseau.—En la Torre Nueva.—Los republicanos de Zaragoza: el republicano feroz y el republicano galante.—Viaje del Rey D. Amadeo; su entrada en la ciudad; el célebre discurso del Alcalde; cómo le recibió el pueblo.—Visita al general Espartero en Logroño.—Mi última noche en Zaragoza.....	33

III. **Búrgos.**—Recuerdos históricos: Tudela, Calahorra, Navarrete, Agoncillo.—Los periódicos y su manera de tratar al Rey.—*Italianos, al tren!*—En el café de Miranda: un mirandés que hace en dos palabras la clasificación de los partidos políticos.—El ratero erudito.—Las fondas servidas por mujeres.—Búrgos y sus calles.—Los restos del Cid.—La Catedral: el Cristo que mana sangre; el cofre del Cid; el Papa-moscas.—Tiendas y estancos.—Más tradiciones del Cid.—La Plaza Mayor.—A Valladolid.....

74

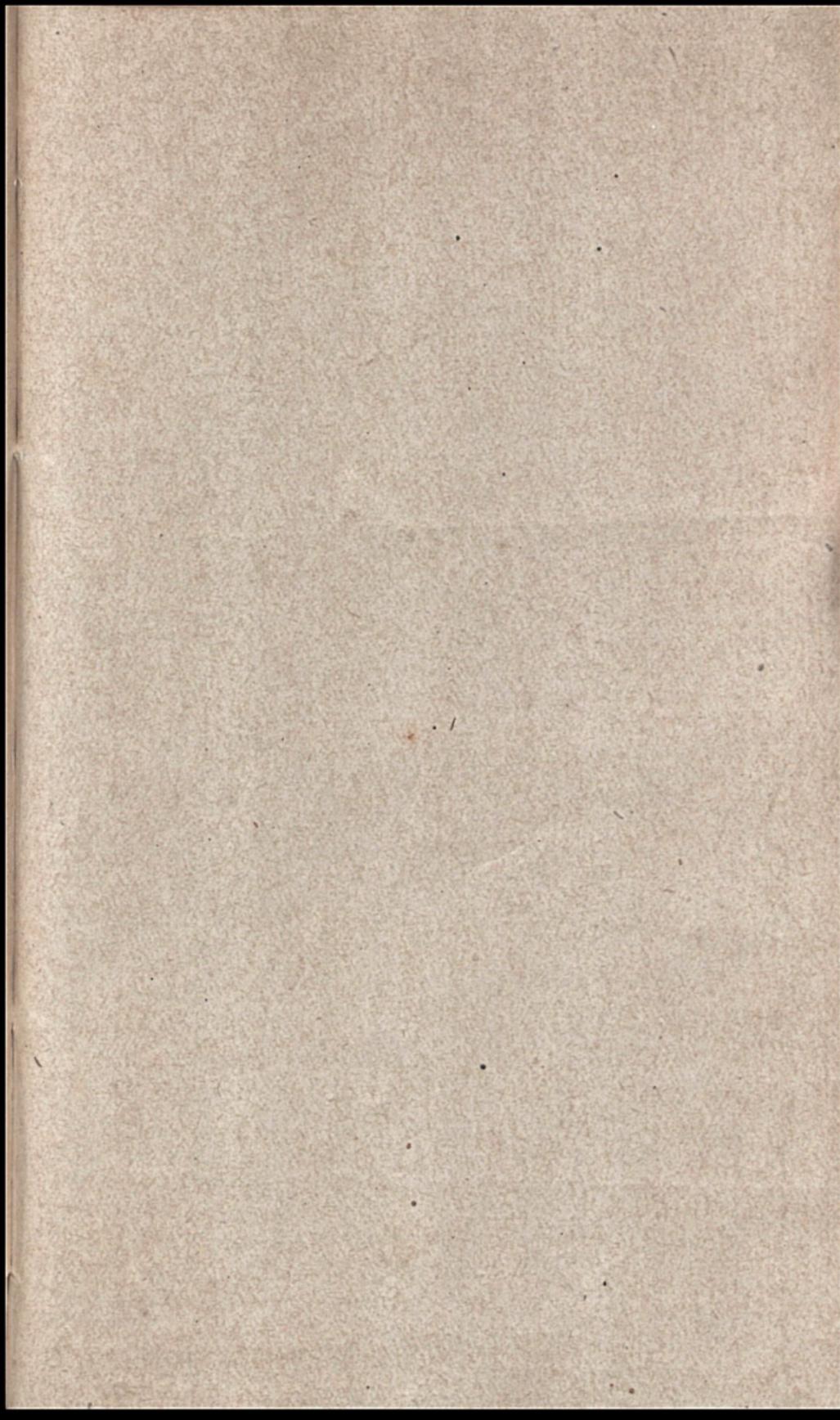
IV. **Valladolid.**—Lo que fué y lo que es.—La Plaza Mayor.—Tres muchos y tres pocos.—Palacios y conventos.—Un pobre de siete años que me hace el amor.—La Catedral.—En busca de la casa de Cervantes.—¡Aquí la tienes!—Zorrilla, el poeta; su *Don Juan Tenorio*.—El Museo de Pintura; un manicomio de gigantes.—Paseo bajo los pórticos..

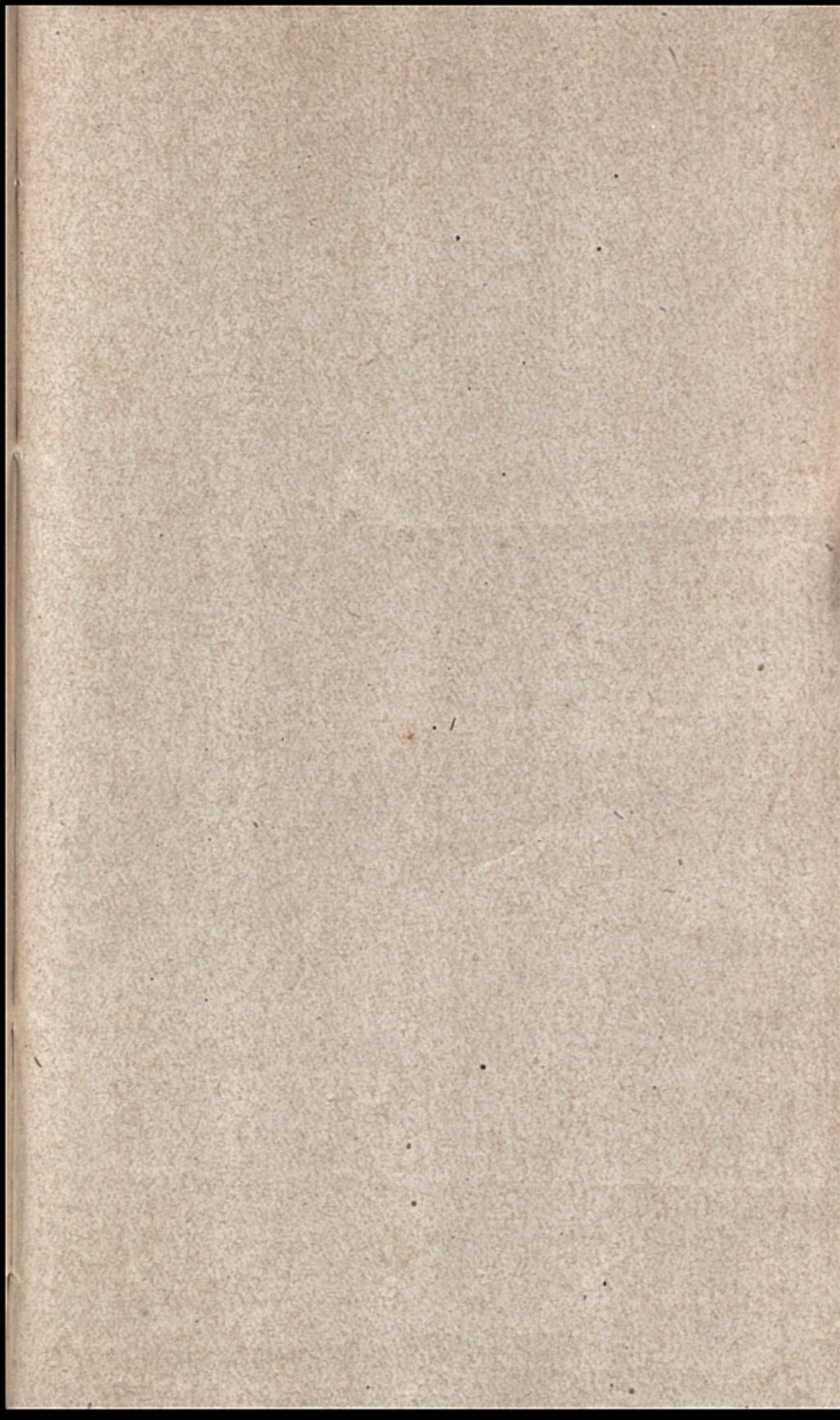
106

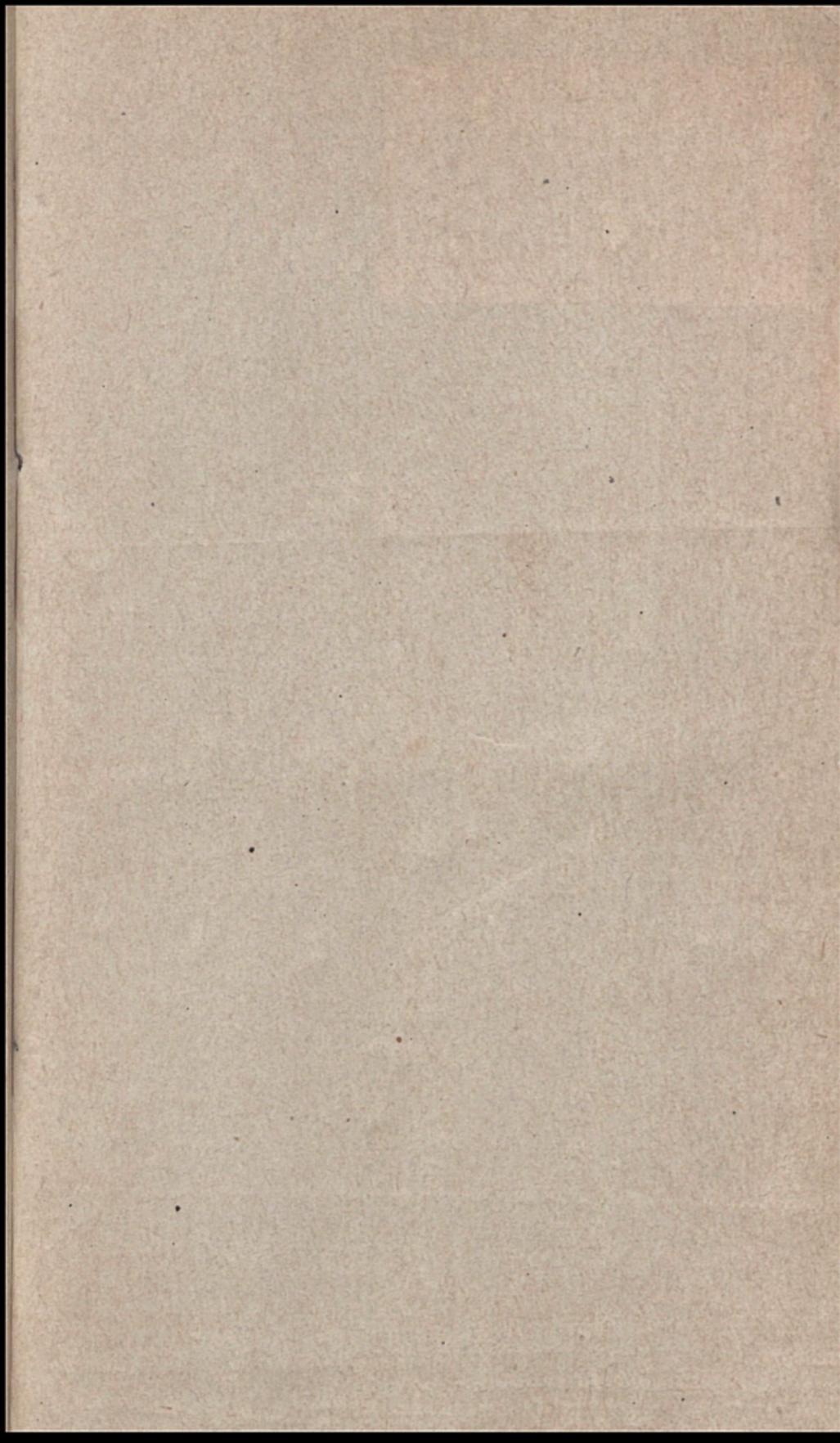
V. **Madrid.**—De la estación á la fonda.—Ojeada general.—En una casa de huéspedes.—Cómo se habla el castellano.—Cómo se come en Castilla; los garbanzos y el chorizo.—Cómo se bebe.—La Puerta del Sol.—El Prado.—Recoletos.—Los teatros y el Teatro.—Cuando vuelve uno á su casa; el sereno.—Conciertos.—Cafés.—La Armería Real.—El Museo Naval.—El Museo de Pintura; Goya, Rivera, Velazquez, Murillo.—El Rey D. Amadeo, sus costumbres y su situación en Madrid.—La Reina y sus obras de caridad.—Los voluntarios de la Libertad en una gran parada.—LAS CORRIDAS DE TOROS.—Preparativos de la temporada.—El día de seado.—La Plaza vieja.—Antes de la corrida.—*Frascuolo, Lagartijo* y Cayetano.—Los lances de la lidia.—En los tendidos.—Qué impresion deja una corrida.—Historia y progresos del toreo.—Novilladas.—Las toreras; la Martina.—Una conversacion con *Frascuolo* en el café Imperial.—EL DOS DE MAYO.—Procesion cívico-militar.—Visita al monumento.—Cómo celebran los madrileños esta fiesta.—EL CIRCO DE SANTA BÁRBARA.—Los gallos de Calderon y de D. José Díez.—Va por el negro!—Va por el pardo!—*State contente, umane genti, ai tori.*—UN VIAJE AL ESCORIAL.—El Palacio.—La Iglesia.—La sacristía; el cuadro de Cláudio Coello.—El Panteon.—El Museo de Pintura; la Biblioteca.—En el convento.—Los jardines.—OTRA VEZ EN MADRID.—El Congreso.—Cómo hablan los diputados españoles.—Rios Rosas; Martos; Pí y Margall; Estéban Collantes;

- Gabriel Rodríguez; Castelar.—Las letras.—Literatura para los ojos y los oídos.—Literatos eminentes: Hartzenbusch; Breton de los Herreros; Zorrilla; Gayangos; Guerra; Fernan Caballero; Amador de los Ríos; Fernandez y Gonzalez.—El carácter español; sus rasgos más salientes.—Mis amigos de Madrid.—No volveré á verlos?..... 126
- VI. **Aranjuez.**—Una partida carlista.—El Palacio.—Los jardines.—La vida íntima de la familia real.—Amores de las princesas..... 257
- VII. **Toledo.**—La entrada en la ciudad.—El puente de Alcántara.—La puerta del Sol.—Calles y casas.—La Catedral; el altar mayor; el coro; quién era Elpidio; la piedra donde puso los piés la Virgen; la capilla mozárabe; la sacristía; el campanario.—San Juan de los Reyes.—Santa María la Blanca.—El Alcázar; Toledo desde una de sus torres.—Un conserje qué sabe historia.—Las murallas antiguas.—Los palacios de Galiana y los amores de Carlo-Magno.—El subterráneo de San Ginés.—Los baños de la Cava.—Una visita á D. Antonio Gamero.—El pueblo toledano; su carácter y costumbres.—Glorias de Toledo.—Otros edificios públicos.—La fábrica de armas.—¡Fuera el extranjero!—¡A Córdoba!.. 263
- VIII. **Córdoba.**—La política de los carabineros.—¡Puñales! —La Mancha; el libro de Cervantes.—Argamasilla; Valdepeñas; Santa Cruz de Mudela.—Sierra Morena.—El valle del Guadalquivir; Vilches; las Navas; Arjonilla; Pedro Abad; las Ventas de Alcolea.—En Córdoba.—¡Un patio!—La vida de Oriente—La Mezquita; sus esplendores; su Maksura; una página de Federico Schack.—La ciudad de día y de noche.—Antigüedades cordobesas.—Consuelo, la andaluza más salada de Córdoba.—Nos sorprende un banderillero.—Medina Az-Zahra.—Pablo de Céspedes; Juan de Mena; Góngora.—Aspecto, carácter y costumbres populares. 296
- IX. **Sevilla.**—Camino de la ciudad.—Hornachuelos; Palma; la Rinconada.—Las casas de campo; los labriegos; sus trajes.—Lo que son y lo que recuerdan las calles de Sevilla.—La Torre del Oro.—Los jardines de Montpensier.—El barrio de Triana.—La Catedral y sus riquezas; la *Danza de los Seises*; el sepulcro de Fernando Colon; el patio de los Naranjos; la Giralda; la Biblioteca Colombina.—El Alcázar; asesinato de D. Fadrique; recuerdos árabes; jardines.—Un paseo nocturno; las sevillanas.—En la Fábrica de Tabacos.

- El Museo de Pintura; cuadros de Murillo.—Numero quindici, á mano manca.—Mi amigo Segovia.—La casa de Pilatos.—Vida y obras de *Fernan-Caballero*.—Lo que era y lo que es Sevilla; el pueblo; las costumbres. 334
- X. **Cádiz.**—El Guadalquivir.—Mis compañeros de viaje.—¿Seré yo tenor?—Una compañía de zarzuela.—El vino de Jerez.—Despues de la comida.—La primera dama.—La vista del Océano.—Impresiones de Cádiz.—La ciudad de otro tiempo y la de hoy.—Monumentos y edificios públicos.—Las gaditanas. 378
- XI. **Málaga.**—En el estrecho de Gibraltar.—A mi madre.—Se van los cómicos.—El Peñon.—Málaga desde el puerto.—Málaga por dentro.—El Liceo.—El vino famoso.—Índole y estado del pueblo. 392
- XII. **Granada.**—Aventuras de un viajero que tiene hambre.—Los versos de Martinez de la Rosa.—Aspecto general de Granada.—La Alameda.—Mi amigo Góngora.—A la Alhambra.—En la Alhambra.—Mis compatriotas.—Lo que pensaba de España un corista italiano.—El Generalife.—*Esperando la del cielo*.—La Catedral.—Alonso Cano; su vida y carácter.—La capilla de los Reyes Católicos.—Monumentos religiosos.—Las cuentas del Gran Capitan.—Un estudiante que vá á examinarse.—Ruinas árabes.—El pueblo granadino.—En el Albaicin.—Sitiado por los gitanos.—Una vela de más. 400
- XIII. **Valencia.**—Por dónde se va á Valencia.—La Plaza de Toros.—Recuerdos de D. Amadeo.—La ciudad y sus monumentos más notables.—Un poco de política.—Cae Sagasta y sube Zorrilla.—Momentos de esperanza.—Lo que parece la gente del pueblo.—La mujer valenciana.—Lo que se dice del carácter y de las costumbres.—La seguridad pública en Valencia.—Cómo reciben los españoles á los extranjerros, y en particular á los italianos.—Cómo deben pensar los italianos acerca de España.—A bordo del *Genil*. 474









Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1345988

